

LA BELLA LIMEÑA



PERIÓDICO SEMANAL PARA LAS FAMILIAS

Literatura. — Historia.

Modas. — Costumbres.

AÑO I.

LIMA, DOMINGO 7 DE ABRIL DE 1872.

{ NUM. 1.

SUMARIO.

Prospecta. — Enrique Meiggs. — Revista de la semana. — Bosquejo histórico sobre Bartolomé de las Casas. — Un amor desgraciado. — Memorias de una coqueta. — Ciega de amor. — Un remedio infalible. — Predestinacion. — A una estrella. — La milésima cañon. — Dulzuras de la venganza. — A ti. — Anaeróntica. — Mi último tesoro. — Revista de la moda. — Músico. — Anuncios.

“LA BELLA LIMEÑA.”

Se hacia sentir la necesidad de una publicacion dedicada á las encantadoras hijas del Rimac. Llevar al hogar de las familias los dulces goces de la literatura y de la poesia, para deleitar á nuestras vírgenes y facilitarles los medios de cultivar su rica inteligencia, ofrecerles un órgano de útil lectura, al mismo tiempo que de provechoso ejercicio de sus facultades intelectuales, era una exigencia de nuestra sociedad que nos proponemos satisfacer con la mayor amplitud posible.

La Mujer, objeto tierno del canto del poeta, del estudio del publicista, de las meditaciones del filósofo, de las disertaciones del literato, vive del amor y de la fé, y nutre su alma con los sentimientos más puros y más nobles. Llamada á operar en el órden moral de las sociedades una regeneracion fecunda, y teniendo en sus manos el cetro de la verdadera civilizacion, debe ocupar su lugar en el palenque de las ideas, en el movimiento literario, en la propaganda de las virtudes. De aquí la necesidad de fundar un periódico que sirva á tan altos intereses.

La Providencia que ha dotado á nuestro país con tan abundantes dones y que

le ha favorecido con riquezas materiales que pueden llamarse fabulosas, ha adornado á nuestro sexo hermoso con una imaginacion ardiente y un poder de inteligencia capaz de ponerle al nivel de los destinos humanos.

«La Bella Limeña» cuenta, pues, para engalanar sus columnas, con las producciones de nuestras poetizas y escritoras que tanto renombre han conquistado ya en la literatura nacional, y con las de otras muchas que existen ocultas tras el diáfano velo de la modestia.

Consagrado este periódico al cultivo de las bellas letras en todas sus manifestaciones, y deseando por nuestra parte no omitir medio alguno para que su lectura sea agradable, esto es, amena é instructiva, colaborarán en él los escritores notables en todo género, tanto nacionales como extranjeros, contándose entre los últimos á los más acreditados de Madrid, y entre los primeros á todos aquellos que brillan por sus talentos y por sus luces.

No entra en el plan que nos proponemos desarrollar con la publicacion de «La Bella Limeña», ocuparnos de la política del país. Que naufraguen en ese turbulento mar los que gusten de la agitacion de las pasiones; pues nosotros no daremos cabida, en lo absoluto, á ningun escrito que se relacione con ella.

Nuestros esfuerzos por sí solos no bastarán á sacarnos airosos en la noble empresa que hemos acometido: nunca lo hemos pensado, ni seríamos tan insensatos que lo creyéramos. Pero, aunándose los esfuerzos de nuestros compatriotas, ayudándonos con sus trabajos literarios y filosóficos los que se hallan en aptitud de hacer un servicio tan trascen-

dental al país, y prestándonos su cooperacion los hombres eruditos, habremos conseguido realizar un ideal que ha sido el objeto de nuestro constante anhelo.

«La Bella Limeña» abre sus columnas á cuantas composiciones literarias de mérito se le envíen; se entiende, no de esa literatura atea que ha venido carcomiendo las bases de las antiguas sociedades, sino de esa literatura cristiana que eleva el sentimiento popular, purifica las costumbres y ennoblece los sentimientos del corazón.

Pero, á más de los encantos de la poesia, de la novela de costumbres, del romance y del cuento moral de que «La Bella Limeña» será un magnífico repertorio, ofrecemos á nuestras hermosas una buena revista de modas, que nos vendrá especialmente de Europa, y que las tendrá al corriente de cuanto el genio y el gusto inventen para el uso y la elegancia.

Así, pues, nuestro periódico procurará llenar su programa y hacerse digno de la benevolencia de sus lectoras.

Al escribir estas líneas, queremos prescindir de toda aquella pompa con que generalmente se anuncia la aparicion de muchas publicaciones que, ó disfrutan de una pequeña existencia, ó no tienen la suerte de llenar debidamente su mision, pasando en poco tiempo á ser documentos que solo se encuentran en los empolvados archivos de una biblioteca.

Nosotros queremos que «La Bella Limeña» sea el periódico de las familias de esta ilustrada capital, y que su existencia dure tanto como la perseverancia de

LOS EDITORES.

«ste otro rey ó príncipe cristiano, y os las asignamos con todos sus señoríos, ciudades, fortalezas, lugares, villas, derechos, jurisdicciones y pertenencias, y hacemos, constituimos y diputamos á vos, vuestros herederos y sucesores verdaderos señores de dichas islas y tierras firmes, con plena, libre y omnimoda potestad, autoridad y jurisdicción.» (1)

Tan chocante y monstruosa ha parecido posteriormente esta donación, que avergonzados de ella escritores católicos, han ocurrido, aunque desgraciadamente, á interpretaciones, que deja desairadas el texto de la bula, sirviendo por sí sola de contestación satisfactoria. (2) Y tan incontestable es su perspicuidad, que los propios doctores que niegan al Papa la facultad de disponer de los reinos de príncipes infieles, se ven obligados á confesar que, alejándose esto, hizo plena y absoluta donación de las tierras descubiertas á los reyes de Castilla y de Leon. (3)

Sobre tan ruinoso fundamento se levantó el pretendido derecho de la conquista de este Nuevo Mundo. Para que se vea, cuan poderoso, cuan terrible es el influjo del horror, el imperio de la falsa opinion que estraviaba el juicio de los que se creían autorizados, á quitar y dar bienes ajenos sin sentir remordimiento, y ostentaban el servicio de Dios, como si tuvieran mas celo que Dios mismo por su gloria. Y sobre tan ruinoso fundamento se procedía á hacer intimaciones, ahora ridículas, pero entonces serias aunque tiránicas y absurdas, de los capitanes españoles en pisando tierra de indios. (4)

Demos gracias á Dios de no haber existido en unos tiempos, que depositaban cabezas humanas tantas necedades, tan escandalosa violación de derechos, y tanta profanación del nombre mas sagrado que se invocaba en ayuda de empresas injustas y de hechos crueles. Pero ello era efectivo: los conquistadores fueron consecuentes en su sistema; y ahora empiezan las escenas de sangre y horror, que en gran parte habrían sido irremediables sin el ardiente celo y diligencia perseverante de Bartolomé de las Casas.

(Continuará.)

UN AMOR DESGRACIADO

POR

CAROLINA F. DE JAIMES.

INTRODUCCION.

En este momento, Anita mia, en que afluyen á mi pensamiento las dulces ideas de la infancia, en que tu hechicera sombra se aparece ante mi vista rodeada con el prestigio de los recuerdos, pienso en una promesa de niña, promesa hecha bajo de los sicomoros que rodeaban nuestro salón de estudio, en esa morada, en ese colegio donde ambas hemos pasado tantas deliciosas horas, donde formábamos tantos sueños de ventura.

Anita, el recuerdo de esa promesa lo he conservado apesar de todas las vicisitudes de mi existencia, y cuando la hice, cuando te prometí referirte los incidentes de mi vida, pude presumir acaso que las páginas donde se escribieran estarían borradas con mis lágrimas? No, un horizonte bello se abría entonces á mi vista, horizonte velado hoy por la nube del dolor.

I.

La primavera de 18... principiaba á esparcir sus floridas galas sobre la naturaleza, los pájaros ostentaban su variado plumaje y llenaban el aire con sus puras y delicadas armonías, las flores se mecían al impulso del aura ostentando en sus corolas perfumadas frescas gotas de rocío, el arroyo se deslizaba blandamente entre el verde césped del prado y yo, en armonía con la naturaleza entera, entreabría también mi corazón á esos dulces sueños de la vida, á esas misteriosas sensaciones que se despiertan solo en la aurora inefable de la juventud.

¡Ay! cuán poco debían durar esas horas apacibles y risueñas. Una orden de mi padre me man-

daba dejar el colegio para volver á su lado y tuve que obedecer.

¡Qué dolorosamente se oprimió mi corazón cuando me despedí de las alegres compañeras de mi infancia para ir á habitar la lóbrega y triste casa de mi padre!

Que diferencia entre este albergue y tu casita blanca y poética media oculta por verdes y frescas enramadas rodeadas de estanques donde saltan formando pequeñas olas de espuma mil dorados pecesillos encanto y recreo de nuestra niñez, ¿Te acuerdas Anita? Ah! el tiempo pasa, y pasa llevando en su rápido torbellino los sueños mas queridos de la existencia.

Huérfana de madre á la edad de ocho años, sin un hermano cuya ternura y gracia infantiles pudieran endulzar mi existencia, creía que al salir del colegio no me esperaba mas que la soledad y el silencio y por única compensación el cariño frío y severo de mi padre á quien por mucho que ame no puedo presentarme sin temblar.

Por otra parte me aterraba la sola idea de habitar en un lugar de provincia. Tu no sabes Anita lo que es la vida de provincia, vida monótona y sin atractivos, donde el hastio se apodera del corazón que encuentra estrecho el círculo donde gravita, y pugna por romper el lazo que a él le aprisiona, donde se marchitan las ilusiones y donde la inteligencia parece adormecerse falta de luz y del esplendor de la vida social.

II.

Seria las nueve de la noche cuando el coche que me conducía atravezaba la puerta principal de la casa de mi padre. ¡Cuán frío y ceremonioso era el recibimiento que se me hacia! Por momentos me creía la heroína de esas historietas de antaño que nos contaba la directora donde habia puentes levadizos, torreones y escuderos que daban la voz de alarma al aproximarse un ginete cualquiera al castillo de su señor.

Mi padre me esperaba vestido de gala y rodeado de la poca aristocracia del lugar. Qué ridícula escena, amiga mia, para una joven educada en las ideas del siglo. Dos solteronas de aspecto grotesco, con sus vestidos de la época de Luis XV, sus cabellos recojidos formando un abultado rodeo en la parte posterior de la cabeza, ocupaban los asientos de preferencia y á su derecha un caballero como de cuarenta años de edad, alto, esquelético con una peluca roja que daba á su fisonomía un aspecto marcado de dureza y de indolencia.

Al mirarlos creí ver levantarse delante de mí los fatídicos fantasmas de los cuentos de Ana Radcliffe!

Pero ahí en el fondo del cuadro, formando un admirable contraste, aparecía una figura dulce, melancólica, poética, era la de un joven sacerdote de blondos cabellos, de mirada radiante y tunida á la vez.

Yo no sé lo que sentí en ese momento, yo no sé que velo cubrió mi vista ó que mundo desconocido se apareció ante ella, no lo sé, pero me sentí tímida, niña, pequeña ante ese ser que revelaba las apariencias de un ángel y la mirada ardiente y apasionada de un hombre. Pero era un sacerdote, al menos esa era la forma en que se aparecía á mí, y sin embargo mi mirada atrevida y profana osaba fijarse en él con amor. . . . Si, era amor lo que se despertaba en mi alma, amor atrevido, impetuoso, profundo. No te asustes, Anita mia, no, el curso de esta historia te hará conocer que no era ese un sacrilego pensamiento, que mi corazón adivinaba la verdad bajo esa apariencia engañosa.

Fui presentada á las señoras y por último al presentarme é él solo pronunció mi padre las siguientes palabras.

—Julia, el padre Ambrosio un excelente y estimable amigo mio.

Que mal cuadraba ese título, con sus maneras arrogantes y desenvueltas con su continente altivo y gallardo.

Yo balbuceé algunas palabras y mi mano tembló al estrechar la suya.

—El señor es forastero en el lugar por lo que parece? me atrevi al fin á preguntar.

—Si señorita, contestó he venido á buscar lejos

del bullicio del mundo, tranquilidad, bienestar y sobre todo olvido.

—Tranquilidad? acaso el traje que vestis no os pone á cubierto de las inquietudes, de las decepciones de la vida? acaso no es bastante para olvidaros cuando poneis entre vos y el mundo las severas reglas del sacerdocio?

—Señorita, un antiguo proverbio dice que el hábito no hace monge, me dijo con acento tan bajo que apenas pude percibirlo.

—No os comprendo, contesté de la misma manera.

Pero mi turbación hacia traición á mis palabras, no porque llegase á adivinar el enigma que indudablemente existía, sino porque habia algo, tal vez un presentimiento, quizá solo mi vehemente deseo el que me decia que las apariencias me engañaban.

Pasó al fin esa noche dejando á la vez que un éxtasis dulcísimo, una inquietud profunda en mi corazón. Yo me reprendía amargamente por el inefable deleite conque acogía la memoria del joven de los blondos cabellos. Yo me complacía en adorar esa imagen hechicera, la primera que habia despertado en mi corazón esa sensación encantadora y divina que llamamos amor. Oh! Anita; si as amado alguna vez, si tu corazón de virgen se ha embriagado con el seductor recuerdo de un hombre, podrás comprender esa primera noche en que se despierta un sentimiento ignorado y que va tomando proporciones gigantescas á medida que la razón trata de ahogarlo.

III.

Mi casa se componía de dos compartimientos separados por un pequeño jardín deteriorado entonces y que presentaba el aspecto triste de plantas marchitas, de árboles casi inclinados al suelo y desnudos, de calles cubiertas de un musgo amarillento que les daba la apariencia tétrica de un panteón. El ala izquierda que era la parte desocupada se componía de un pabellón que en tiempo de mi madre era una deliciosa habitación de verano, rodeada de madre selva y de jazmin y adornada con las plantas mas raras y hermosas.—Seguia á esta un gabinete de lectura con hermosos cuadros al óleo representando las antiguas costumbres de la época de Maria Antonieta; grandes estantes de libros, mapas de toda clase y de todo tamaño, globos y en fin cuanto puede reunir la habitación privada de un sabio.—Porque, segun se decia esta habia pertenecido á un hermano de mi padre, que pasó su vida pidiendo á la ciencia la revelación de los grandes secretos de la naturaleza.

Recuerdo que cuando yo era muy niña aun, mi madre me llevaba á este pabellón, donde lloraba mucho inclinada sobre mi pecho, sin que nadie viniese jamás á sorprender su llanto. ¿Cuál era el misterio de ese corazón que se desahogaba llorando? no lo he sabido nunca.

Al siguiente día de mi llegada, despues de esa noche de insomnio que he procurado describirte, Anita mia, tuve el infantil deseo de recorrer esa casa donde no habia para mí otro recuerdo grato que el de mi madre.

Eran las seis de una mañana nebulosa y triste, ni una armonía, ni un perfume, ni un murmullo interrumpía siquiera la calma profunda que reinaba por doquiera.—Atravesé el jardín y me dirigí al ala izquierda, segura de poder entregarme á mis recuerdos sin que nadie pudiera verme.—Abri la puerta que giró sobre sus goznes silenciosamente, como si hubiera costumbre de entreabrir la á cada instante; el pabellón estaba mudo y sombrío, las plantas se habian secado y la mano inexorable del tiempo habia impreso su huella sobre todos los objetos.—Entré sin hacer ruido, como asustada de tanta soledad y abandono. Un cuadro grande habia sido colocado en la puerta que daba paso al gabinete de lectura como si hubieran querido ocultarlo á la mirada de los demas.—Levanté el cuadro y penetré en el cuarto, el asombro arrancó un grito de mis labios, el grito despertó á un hombre que dormía recostado en una butaca. Era el joven de los cabellos blondos, no ya con el ropaje del sacerdote, sino con una levita negra, larga y

abotonada hasta el cuello que hacia resaltar la interesante palidez de su rostro.

Yo quise volverme atras pero su acento me detuvo.

—Julia, me dijo.—Permitid á un desgraciado que os llame así. No os vayais, alumbrad con la radiante luz de vuestra presencia la triste habitacion del proscrito, del hombre que condenado por las leyes, vaga sin patria, sin familia, sin hogar.

—No os comprendo caballero, contesté, anoche os habeis aparecido á mi bajo un aspecto distinto del que os veo, hoy os encuentro en un lugar que presumia solitario y deshabitado. Algun misterio os rodea, soy vuestra amiga y deseo conocerlo.

—Sois mi amiga Julia, mi amiga? sabeis por ventura quien soy, de donde vengo, ni por qué estoy aqui?

—No lo sé caballero, pero sois amigo de mi padre, su huesped tal vez, decís que sois desgraciado y esto último es bastante para mí.

—Sois un ángel Julia, sois un ángel, desde hoy no me consideraré ya tan solo en el mundo puesto que tendré á veces el consuelo de hablaros y de contaros mis penas. No os diré todavía la razon porqué me encuentro aqui, pero si sabreis que estoy oculto, perseguido y que esto debe ser un secreto para todos.

—Oculto, perseguido un sacerdote?

—Ese es el vestido con que me disfrazo ante los demas, pero no es el que me conviene, á vos puedo decirlo Julia, pues os creo tan discreta como bella.

—Vuestro nombre?

—Carlos.

Pues bien Carlos, seré vuestra amiga siempre, trataré de haceros menos penosa la vida. Descuídalo.—Adios.

—Julia, queréis dejarme un recuerdo de vuestra visita tan dulce como inesperada?

—Cual?

—La flor que llevais en vuestros cabellos.

Yo arranqué la rosa medio marchita que se hallaba desde la noche anterior en mi cabeza y sin pronunciar una palabra se la di.

—Adios, dijo, gracias.

Yo corrí lijera como una gacela, con el corazon henchido de felicidad, y al atravesar el jardín divisé en el corredor la figura grotesca del caballero de la peluca roja á quien mi padre me habia recomendado mucho al presentarlo.—Se llamaba Fabian y era su antiguo é intimo amigo.

Señorita, me dijo, he querido ser el primero en saludaros esta mañana y ofreceros este ramo de flores, simbolo de vuestra juventud y de vuestra belleza.

—Agradezco el obsequio caballero, contesté recibiendo el hermoso ramo que me ofrecia.

—Muy temprano se hacen visitas al pabellon Señorita Julia, me dijo con una ironia profunda que heló la sangre en mis venas y que me previno de una manera terrible contra ese hombre.

Desde entónces sentí por él una antipatia irresistible que mas tarde debia convertirse en un odio profundo é invencible.

Asi pasaron algunos dias sin ningun incidente notable y sin que volviese á ver á Carlos de quien cada vez me hallaba mas y mas enamorada.

Principié á ocuparme del cultivo del jardín donde presto ví renacer la frescura y lozania de antes y de donde me proponia sacar hermosas flores con que adornar el pabellon. Coloqué á su alrededor frescas macetas, perfumadas enredaderas y bien pronto esa habitacion muda y sombría se convirtió por mis cuidados en un ameno y florido vergel.

(Continuará.)

MEMORIAS DE UNA COQUETA.

Quien mucho abarea poco aprieta.

I.

¡La primera noche que me presento en sociedad, tres pretendientes! ¡Tres declaraciones! ¡Qué efecto, despues de siete años de colegio, con el corazon sedevacante!

¡Y que finós los tres! Ni elejidos.

Ese Ricardo, ¡que jóven tan elegante! ¡que guapo! ¡qué amable!...Y luego Eugenio, ¡que bondadoso! Y que dicen que es muy rico...Pues y Luis! ¡Que talento! ¡qué carta tan delicada! que conversacion tan dulce, tan elocuente! ¡es todo un poeta!

II.

Que conflicto tener que desairar á dos! ¡Y luego, si el otro me olvida!...¡adios! otra vez á la luna de Valencia...Pues señor... ¡cual escogeré!... ¡eso de escoger á ciegas!...si me tomase tiempo para conocerlos... Si me quedara sin ninguno...No, nó, miedo dá el pensarlo... Si me quedara con los tres...Pues me quedo con los tres, y así el que mas me guste, el mas constante se queda despues...Nada, lo dicho, los tres. Y ahora ¿que les contesto?...Probamos.

“Caballero: Como comprendo por la de V. la ansiedad con que espera la mia, me apresuro á mandársela; si bien esta precipitacion no es prueba de un triunfo seguro. Confie U. en que esas simpatias de que U. manifiesta, son reciprocas, y como U. dice, podrán llegar á ser un sentimiento, una pasion que acaso hará la felicidad de los dos. Pero en cambio de esta esperanza que le doy yo, exijo confianza ciega y completa reserva. Tal creo necesario para nuestro amor. De esta manera, etc.”

Y *mutatis mutandis* se la mando á los tres.

Lo peor seria que ahora se enseñasen las cartas...pero nó...y si se las enseñan, será que habrán faltado á la reserva que les exijo y á la palabra de caballeros, de modo que en la culpa llevan el castigo.

III.

¡Dios mio! ¡tiemblo cada vez que me veo delante de los tres! ¡Qué apuros! ¡Para tener contento á uno, tengo á los otros con unas caras que dan compasion! ¡Pobres chicos! ¡Nada, al que le toca la vez! ¡Y luego todos quieren la cita á la misma hora! ¡Qué gracioso!...si tubiese tres almas, tres corazones, los repartia entre los tres; y lo que es Luis esta noche, estaba resentido! Con razon...porque la vez no le ha tocado hace tres dias.

¡Mañana será ella! ¡Ricardo que es tan celoso! ¡Qué le diré!... ¡Y ese bueno de Eugenio, que no se queja siquiera!...Vaya... debia quedarme con uno... ¿Y á quien dejo! ¿A Luis?... ¡Cá! ni pensarlo, al que menos. ¿A Ricardo?... Tampoco...Eugenio?... Tan buen chico... ¡y rico que es!...Nó, á ninguno. Es imposible ya. Mi corazon se ha interesado por los tres. Pues señor ¿que hare?... Adelante con los tres y salga el sol por Antequera.

IV.

¡Jesús, qué noticia! ¡Un desafio! ¡Y por mí! ¡Que se han desafiado Luis y Ricardo! ¡Qué ligeros son los hombres! ¡Por cualquier cosa! ¡Vamos tambien, que yo no soy cualquier cosa!... Dicen que soy bonita... ¡quien habia de decir!... ¡Por mí!... ¡Adónde lleva una lijereza!... ¡Si yo me hubiera aconsejado!... Pero estos hombres, ¡qué sangre tienen!... ¿En qué quedará?... ¡Voy á rezar por los dos, y por los tres, por si acaso!

V.

¡Ricardo herido en un brazo! ¡Que horror! ¡Pobre muchacho!... ¡Y Luis tan valiente!... ¡Que harán!... ¡Si lo sabrá mamá!... ¡Si yo viera á alguno de ellos!...

VI.

¡El muy trasto!... ¡Qué petulante! ¡Pues no ha tenido el atrevimiento de llamarme coqueta delante de todas las amigas! ¡Qué habrán dicho en la reunion! ¡Vaya con el tal Ricardo! ¡Ya me parecia á mí, antes, algo empalagosol... ¡Qué descortés!... ¡Y que irritado estaba!... ¡Para un arañazo que se le curó en dos dias, tanta pamema!... ¡Me alegro, ya he concluido con uno, con el que menos queria!... ¡y luego ese pobrete

de Eugenio, que me vé en la calle y no me saluda!... ¡Qué de prisa ha pasado!... ¡Parecia huido!... ¡Si tendrá miedo de que le desafie yo!... ¡Já! ¡já! ¡Pobre hombre! Eso es que tambien se ha dado de baja.

¡Pero de qué tengo ya de apurarme! Lo que yo no podia hacer, lo ha hecho la suerte... ¡Los pobres vencidos han tomado la retirada! Luis, el vencedor, ese es el que me queda... ¡Oh! ¡como le querré ahora!... ¡No le dejaré escapar!... ¡y tampoco me meteré en otra!... Pero ese Luis ¡qué será de él!

¡Una carta del correo interior... ¡oh! letra de Luis.

“Señorita: Por un momento he pensado vengar una traicion, ó mas bien un capricho, con un silencio espresivo; pero veo que podria tomarse este silencio por debilidad, y me decido á escribir esta, aunque con harto disgusto.

Yo solo he sabido la triple burla por mis rivales, y sin embargo de que yo solo la sé tal cual ha pasado, no quiero valerme de ella para vengarme y ridiculizar á U.; y no porque U. merezca ninguna consideracion, sino porque acostumbrado tratar con delicadeza aun á aquellas personas que han perdido la suya.

Haga U. por olvidar el nombre del que se felicita por haber tratado á U. tan poco y haberla conocido tan pronto.”

VII.

Ese triste fin tuvo mi primera travesura.

Mi orgullo se resistió ante aquel triple desprecio, que bien merecia, y como todas las mujeres, hube de inventar una historia para dejar en salvo el honor del pabellon.

Yo me persuadí que aun habria en ellos cenizas de lo pasado, y que la mejor venganza de mi parte, seria hallar un favorecedor á quien dispensar mis favores; y en efecto, á puro poner en juego todos mis encantos, todas mis seducciones; despues que ya fui maestra en fingir, lo hallé; pero aquel y otros muchos que le sucedieron, fueron una vanagloria; gloria vana en que ninguna parte tomaba el corazon, porque ninguno hallé que fuera ni tan elegante y gracioso como Ricardo, ni tan rico y bondadoso como Eugenio, ni tan noble y de tanto talento como Luis. ¡Siempre tenia alguna falta! ¡Era tan imposible reunirlo todo!

Por esto fué tanto mudar y mudar, tanto fingir, y la verdad es que no sé si consistia en ellos ó en mí, pero ninguno me duraba quince dias.

¡Y qué poco duraron mis glorias! ¡Qué corta es la vida de las seducciones! ¡Pasa rápida como la primavera del año!

De pronto me hallé en los treinta años, y empecé á pensar algo maduramente, porque veia que se acababan todos esos encantos que me hicieron pasar por reina de la hermosura. Ya no veia precipitarse á los pollos por sacarme á bailar, por acompañarme, por pasear la calle, por saludarme en paseo; eran otra clase de hombres, gallos con espolones, de cuarenta á cincuenta años. ¡Y yo me despepitaba por un guapo chico á quien solia ver en cierta reunion!

Una noche dijo que no le gustaban las mujeres gruesas. Yo, que hacia tiempo que empezaba á serlo, me afligi, y determiné adelgazar, de cualquier modo posible, y volver á ser aquella pollita esbelta, lijera como una paloma, flexible como una caña de Indias, segun me habian dicho tantos hombres.

Y en efecto, yo pregunté qué aguas adelgazaban mas, y ayuné y guardé dieta voluntaria, y no paseaba por no hacer ejercicio, y no comia mas que verduras, y... ¡En fin, hice mas penitencia que una monja! ¡Oh, y cuánto vinagre tomé para parecer pálida!

Pero ¡cál aquel hombre parecia una estatua; con todas, menos conmigo, era atento, servicial, galante, y todo cuanto hay que ser.

¡Ah! ¡qué trabajos pasé por ver si me hacia entender! ¡Desgraciadas de nosotras, que no podemos elegir y decir: «este me gusta.» y tenemos que recibir al que venga!

Al fin un dia, tenia yo un clavel, me saludó, le

Pero es lo cierto, que los días pasaban como pasan de costumbre, y que mi amigo se sentía á cada momento mas enamorado.

- Lo que era Laura, que así se llamaba la pica-ruela, ni se daba por entendida de los tormentos de Claudio, que tal nombre tenia el desgraciado.

Ella se divertía á sus anchas y el pobrecito no sabia que hacerse para decirle las cuatro frescas de costumbre.

Buscaba, como con linterna, por todos los rincones de su imaginacion una idea salvadora que jamas se le ocurría; y se restregaba las manos y sudaba como en la fuerza del verano.

No tenia mas pensamiento que el temor de que Laura lo mandase con la música á otra parte.

A veces se resolvía á dirigirse á la madre y pedirle en matrimonio, pero temia salir con el rabo entre las piernas.

Y cabilaba, y no dormía, y no comía y la trampa se lo llevaba.

Hasta que un día tomo la resolucion de no decirle á Laura una palabra; porque esperar un sí de sus labios era muy duro de pelarse.

Fuese, pues, donde la madre, la pidió por esposa y todo quedó arreglado.

III.

A los pocos días el matrimonio estaba perfectamente consumado.

¿Y qué les parece á UU. que diría entonces Laura?

Absolutamente nada, pues no tuvo mas que hacer que recibir á mi amigo por su lejítimo. . . padrasto.

Porque han de saber UU. que él no pidió la mano de Laura, sino la mano de la madre.

¿Y qué diría la vieja?

Primero se sonrió y despues dijo que sí, porque queria conciliar el matrimonio con la tranquilidad de su espíritu.

¡Oh ventajitas inmensas de la reflexion!

EPÍLOGO.

Un día encontré yo á mi amigo en la calle de los Borricos y le pregunté qué demonios tuvo dentro del cuerpo, para haberse casado con la que iba á ser su suegra.

A lo que él me contestó, con la mayor gravedad, de la siguiente manera:

“Porque, aunque el amor es una copa de néctar que nos embriaga, en el fondo de esa copa hay una gota de acibar que se llama *suegra*; la misma que queda suprimida casándose uno con la madre de su novia.”

«Cierto es que falta el amor, pero se vive tranquilo. Y este es un remedio duro pero inialible! . .

Pues, señoritas, les aseguro á UU. que las razones de mi amigo me convencieron.

Voy á casarme con mi suegra.

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, 1872.

PREDESTINACION.

—No sé por qué mi corazón te adora;
(El eco de tus labios me decía)
No sé qué impulso, irresistible ahora,
Me arrebató en su magia seductora
Y lleva tras de tu alma el alma mía.

Me siento asida de invisible mano
Que me arrastra hácia tí, con alma y vida;
Y luchó con esfuerzo sobrehumano;
Mas tengo, junto á tí, mi pecho ufano
De amarte á mi pesar y ser vencida.—

Ay! yo también arrebató me siento
Por esa misma mano que te guía;
Y lidio con mi propio sentimiento,
Y vencido, también, mi pensamiento,
Te adoro con mas loca idolatría!

También intento, como tú, olvidarte,
Cuando no estás presente, ni te miro;
Y, al oír tu voz y al contemplarte,

Solo me siento fuerte para amarte,
Y es amor hasta el aire que respiro.

El poder de mí mismo me abandona;
Habla mi corazón, calla la idea;
Un mundo de esperanzas me ilusiona,
Y me atrae, me vence, y me aprisiona,
La atmósfera de imán que te rodea!

Vibra oculto en mi pecho, á todo instante,
Un eco que tiene algo de divino;
Y me dice en su idioma palpitante,
Que este latir del corazón amante
Es la palabra muda del destino.

El Dios de amor, que todo lo preside
Y el polvo inerte en vida lo transforma,
De un alma sola dos mitades mide,
Y en dos humanos cuerpos las divide,
De un ser igual y de distinta forma.

De su aureola inmortal les da un destello
Porque ninguna su camino tuerza;
Y en dos seres imprime el mismo sello,
Dando al uno la fuerza de lo bello
Y al otro la belleza de la fuerza.

Almas son de su cielo desterradas
En las que el rayo del amor se enciende,
Que nacen para amar y ser amadas
Cuyas voces son notas deliciosas
De un idioma que el mundo no comprende.

Virgenes almas del amor vestales,
Páginas bellas que el destino trunca,
Búscanse con instintos celestiales,
Y encuentran en la tierra sus ideales
O al cielo vuelven sin hallarse nunca!

Desde muy niño y por el mundo errante,
Llena de tu beldad mi fantasía,
Corrí tras de tu huella delirante,
Por encontrar tu corazón amante,
Oh! preciosa mitad del alma mía!

Es cierto que yo amé. Cual tiernas rosas
Vi en torno florecer mugeres bellas,
Dieronme sus miradas voluptuosas;
Pero al rendirme á las terrestres diosas
Eras tú á quien amaba en todas ellas.

No creés? . . . Si pudiera esos perdidos
Rayos de amor de mi pasada aureola
Mostrarlos á tus ojos reunidos,
Vieras en rostros y almas esparcidos
Los encantos que Dios puso en tí sola!

Un día oí tu voz, el mismo acento
De tan tierna y simpática armonía,
Ardió en mi corazón el sentimiento,
Y engañado creyó mi pensamiento
Que eras tú, á quien buscaba, amada mía!

Vi despues de tus ojos la luz pura,
Como la mar en azulada calma,
Y adoré deslumbrado tu hermosura;
Pero huyó aquel ensueño de ternura . . .
Ay! no eras tú sino visión de mi alma!

Sin hallarte jamás, te conocía;
Y en mis sueños contigo deliraba;
El suspiro de mi alma te seguía,
Y mi amor por do quiera te veía,
Mas en beldad ninguna te encontraba!

Ay! de mi suerte la crueldad me asombra!
Yo te buscaba en amoroso alarde;
Tristes diez años perseguí tu sombra . . .
Y hoy que tu labio con amor me nombra,
Te encuentro al fin, pero te encuentro tarde!

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

A UNA ESTRELLA.

¡Cuán hondas melancólicas ideas
Despiertas en el alma estremecida,
Lejana estrella que, entre mil perdida,
Cual ojo soñoliento, pestañas!

¿Por qué tu luz, entre tan claras teas,
Atrae mis miradas y convida?
¿Por qué lloro al mirarte? . . . de mi vida
Quizá la estrella misteriosa seas!

Si: tú sola, cual cirio de agonía,
Alumbrabas la noche tenebrosa
En que este triste á padecer nacía:

¡Ay! que ya cedo al hado que me necesa;
Y pronto tú como mirada pia,
Alumbrarás mi solitaria losa.

CLEMENTE ALTHAUS.

DULZURAS DE LA VENGANZA.

La hermosa Luisa, en oriental glorieta
Cuajada en flores y luciente armiño,
Con la quietud angelical de un niño,
Se aduerme al soplo de la brisa inquieta

Sus lindos pechos, que el amor respeta,
Libres del blanco y pertinaz corpiño,
Desnudos tiemblan, entre el vano alino,
Como en su tallo la gentil violeta.

Sutil mosquito que las rejas salva,
De aquellos ámos de argentada nieve,
Que afrenta son al rosicler del alba,

Los dos granates á picar se atreve.
Yo que miro al traidor, salto lo apreso
Y al fin . . . lo mato, sin piedad, de un beso.

ERNESTO NOBOA.

Arica, 1872.

A TÍ.

En esas pobres flores que te envío
Del corazón verás los sentimientos,
Abatidos por tristes sufrimientos. . .
¡Nunca de tu recuerdo hay un vacío!

Sabras que encierra amor el pecho mio,
Que son tuyos, no mas, mis pensamientos,
Y apesar de mis bárbaros tormentos,
Siempre eres dueño tú de mi albedrío.

Asi como las flores ya marchitas
Aun guardan en su cáliz el perfume,
Asi también en medio de mis cuitas,

No se apaga el amor que me consume;
¡Ay! en mis horas de dolor precitas,
Nada miro en redor que no me abruma.

DOLORES GUERRERO.

MI ÚLTIMO TESORO.

Ya no me queda mas que una
De mis antiguas riquezas,
Y quiera Dios concederme
Que nunca, jamás la pierda.

Mis *ilusiones* han muerto
Ante la verdad severa,
Y hoy son flores de la tumba
Que miro á mis pies abierta

Han pasado aquellos días
De mi dulce *primavera*,
Y con ellos el *contento*
De esta mi pobre existencia.

He perdido por desgracia,
En poco tiempo mi *hacienda*,
Y de esa escasa fortuna
Ni un solo cuarto me queda.

He perdido hasta la *Fé*
La *Caridad*, la *Paciencia*,
Y he perdido mucho el tiempo,
Malgastándolo en tonteras.